

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

CONTRIBUCIONES

23

EL DOCENTE UNIVERSITARIO:
UNA PERSPECTIVA DESDE LA SOCIOLOGIA*

Jorge Novira Mas**

Consejo Editorial: Dr. Manuel Solís, M.Ec. Sui Moy Li, M.Sc. Mayra Achío, Dr. Héctor Pérez, Dr. Tomás Guerra, Licda. Dina Krauskopf

Apoyo Administrativo: Coordinación, Lisbeth Vega; Secretaria, Jenny Sánchez; Auxiliar de Imprenta, Jorge Oconitrillo.

- * Trabajo preparado por invitación del proyecto "Perfil del docente universitario", que se desarrolla en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad de Costa Rica, bajo la coordinación del Dr. Gerardo Mora Burgos de la Sede Regional de Occidente.
- ** Sociólogo. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales y docente en la Escuela de Antropología-Sociología y en el Programa Centroamericano de Maestría en Sociología (Universidad de Costa Rica).

SEPTIEMBRE 1995

INDICE

PRESENTACION	1
INTRODUCCION	1
A PROPOSITO DE LA IMAGEN DEL SOCIOLOGO	3
EL FUTURO DE NUESTRO QUEHACER	15
NOTAS FINALES	23
BIBLIOGRAFIA	27

PRESENTACION

La Sociología como disciplina académica tuvo un auge en la década de los 70. Este fue un fenómeno que ocurrió en toda la América Latina y Costa Rica fue el centro de la discusión académica centroamericana. Las circunstancias políticas y el ambiente universitario de esos años se prestaban para ello. Ellas no solo favorecieron el desarrollo del pensamiento sociológico sino también, en un sentido, lo marcaron.

Desde entonces sin embargo, las condiciones internacionales y nacionales se han transformado. También el ambiente político que nutría el debate de los sociólogos. El resultado, en lo que a la Sociología se refiere, ha sido una pérdida de rumbo. Las herramientas usuales de trabajo intelectual se han mostrado inadecuadas o limitadas. Todo ello, paradójicamente, ocurre en un área del mundo donde los retos al pensamiento social se multiplican y se complejizan. Las preguntas que demandan intento de respuesta se continúan presentando, cada día de una manera más dramática y, por que no decirlo, también polarizada.

El ensayo del Dr. Rovira que presentamos es un esfuerzo por contribuir a esta búsqueda de rumbos y de sentido, y de estimular un debate de cara a las redefiniciones que tiene que hacer la Sociología como disciplina académica. Sobre las reflexiones del Dr. Rovira se puede diferir. Hay, no obstante, algo fundamental en ellas, a saber, la convicción de que el aporte de la Sociología a la reflexión social es imprescindible y por lo tanto es también indispensable que reflexionemos sobre el futuro de esta disciplina.

Dr. Manuel A. Solís
Director

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

INTRODUCCION DE LA TERCERA DEL SOCIOLOGO

Nos convoca en esta ocasión el Instituto de Investigaciones Filosóficas de nuestra universidad, para que reflexionemos sobre el ser, el ser-percibido por la sociedad y el deber ser del profesor universitario costarricense. Convocatoria importante y muy pertinente, no se encuentra exenta de dificultades y retos que cada uno de nosotros tendrá que confrontar y sortear de diferentes maneras.

Por ello mismo, permítaseme decir, para empezar, que me dedico a una disciplina, la Sociología, que es sobre la cual escribiré aquí. De lo que mencionaré a continuación, es posible que al menos algunas cosas y circunstancias sean ciertas y aplicables a otras disciplinas dentro de las Ciencias Sociales. Pero prefiero anticipar y recalcar que me referiré explícitamente sólo a la Sociología, para que de esta manera no se me atribuya el trascender mi limitado coto sin derecho a ello, ni se me reclame incursionar en otros terrenos que poseen sus propias particularidades dentro de lo que ha sido el derrotero de las Ciencias Sociales en la Universidad de Costa Rica y en el país.

En un primer punto intentaré señalar los factores que a mi juicio han influido e influyen sobre la imagen -el ser-percibido- que del profesor universitario de Sociología -y de la Sociología misma- tiene nuestra sociedad. Quedará claro asimismo que el profesor universitario sociólogo se encuentra afectado igualmente por las apreciaciones que la colectividad costarricense realiza en general sobre el docente universitario de nuestros días.

En un segundo punto plantearé algunos de los problemas que hoy tiene ante sí la docencia en las universidades y señalaré algunos de los desafíos que ella enfrenta en Costa Rica y en nuestra institución.

A PROPOSITO DE LA IMAGEN DEL SOCIOLOGO



Empezaré por recordar lo reciente que es en Costa Rica (como también en Centroamérica y en América Latina en general, con sólo unas pocas excepciones) la enseñanza y el ejercicio de la Sociología como una disciplina con pretensiones claramente científicas y como una carrera universitaria¹.

Fue la reforma universitaria que se comenzó a poner en práctica a partir de 1957 en la Universidad de Costa Rica, con la creación de la Facultad Central de Ciencias y Letras y con el Departamento de Estudios Generales, todo ello de inequívoca inspiración orteguiana², la que impulsó la impartición masiva de cursos de Sociología en tanto que materia complementaria a las tres principales, dentro de los Estudios Generales³. Y habría que agregar aquí que esta enseñanza universitaria con estos propósitos de formación humanística, se llevó a cabo bajo la perspectiva de la Sociología como una disciplina científica, claramente deslindada ya de la filosofía social y de la filosofía política⁴.

No fue sino hasta 1962 cuando se creó la Sección de Ciencias del Hombre en la misma Facultad de Ciencias y Letras y hasta 1967 cuando se instituyó el Departamento de Ciencias del Hombre. Aglutinaba a disciplinas como la Sociología, la Antropología y la Psicología, y en él se empezó a ofrecer un bachillerato universitario en cada una de ellas a un grupo muy reducido de estudiantes.

De manera que la enseñanza universitaria de la Sociología en Costa Rica es un hecho bastante próximo en el tiempo. En nada comparable a la docencia y a la práctica de otras disciplinas y profesiones dentro de las Ciencias Sociales (en su sentido más amplio), como el Derecho, por ejemplo, de tanta importancia para el establecimiento y consolidación de nuestro Estado Nacional. O como las Ciencias Económicas (Economía, Administración Empresarial y

otras), cuya utilidad y necesidad resulta palmaria para el sentido común y para el público en general.

La enseñanza de la Sociología adquiere impulso en Costa Rica al calor, por un lado, de una concepción no estrechamente utilitaria de la formación universitaria y, por el otro, al comenzarse la década de los años sesenta, en el contexto internacional y latinoamericano de la preocupación por el tema del desarrollo. Fue en este ambiente intelectual, socioeconómico y político de la Posguerra, en el que la Sociología como Ciencia Social se instituye en América Latina (en Europa y en los Estados Unidos sucedió mucho antes y por ello mismo bajo el influjo de otras preocupaciones sociales e intelectuales). Valga insistir en ello: la Sociología surge aquí íntimamente conectada con la temática del desarrollo, que se encontraba liderada principalmente por economistas (Raúl Prebisch, el argentino precursor de la Comisión Económica para la América Latina, la CEPAL, el más influyente de todos ellos⁵).

En un cierto sentido podría afirmarse que así como en la Edad Media se decía en la Europa católica y feudal que la filosofía era sierva de la teología, en los años cincuentas y principios de los sesentas de este siglo, a la Sociología, en América Latina, se la veía como sierva de la Economía y de sus preocupaciones por el desarrollo⁶.

Lo que quiero destacar es que la percepción inicial que alrededor de la Sociología se disemina en nuestro país, es aquella que la concibe como una emergente disciplina con aspiraciones científicas, pero muy cercana a las Humanidades o Artes Liberales en su rango cultural, y con salidas profesionales escasas. Estas no eran otras más que la docencia universitaria, que por entonces experimentaba una gran expansión, y las instituciones de un Estado intervencionista y benefactor que se extendía con celeridad en sus pretensiones desarrollistas y redistributivistas del producto económico.

Esta primera percepción social de la Sociología, como disciplina complementaria en la formación universitaria de inclinación humanística y como actividad profesional relacionada con las tareas del desarrollo, se fue modificando con el transcurrir de los años, especialmente a lo largo de los sesentas.

Hacia finales de esa década, la influencia de la Revolución Cubana y del pensamiento marxista europeo, así como la impronta de la teoría de la Dependencia, de inequívoca raigambre latinoamericana⁷, en las concepciones analíticas predominantes en toda la región; y no menos la práctica política de izquierda de muchos sociólogos, el denominado "compromiso social" al que tan a menudo convocaban los partidos políticos con aspiraciones revolucionarias y no pocos docentes en las aulas de las universidades, contribuyeron a que la Sociología en América Latina -y, desde luego, también en Costa Rica- comenzara a ser percibida de una manera diferente.

Se la empezó a visualizar como una disciplina con excesiva proclividad a la crítica radical del orden capitalista vigente, cuando no abiertamente subversiva y prosocialista, además de adjudicársele pretensiones doctrinarias más que científicas.

Creo que esta fue la percepción que prevaleció a lo largo de buena parte de los años setenta y en la década de los ochentas en aquel diminuto segmento de nuestra sociedad que alguna idea tenía sobre la Sociología, porque para la inmensa mayoría de los costarricenses, ciertamente, era una terra incognita.

Aunque se trataba en parte de un estereotipo, no se puede pretender que como representación de la Sociología no caló lo suficiente en los grupos sociales y en las personalidades más influyentes de nuestra sociedad, como para que al menos la condición de sociólogo, en primera instancia, no despertara cierta desconfianza y resquemor.

La especificidad de la Sociología latinoamericana deviene del hecho de que su institucionalización tardía -cuando se la compara con lo ocurrido en Europa y en los Estados Unidos, en donde intereses académicos y preocupaciones sociales concurrirían para afianzarla tempranamente como disciplina universitaria-, coincide por completo con la temática del desarrollo como el centro de las preocupaciones de un buen número de las Ciencias Sociales cuya práctica despuntaba en la región¹. Es decir, que cuando apenas la Sociología se asomaba y procuraba afirmarse, no sin titubeos, como una ciencia con ámbito propio; cuando su identidad se encontraba aún en ciernes y carecía de un mínimo reconocimiento social, se vió involucrada de lleno en la convulsa vida política de América Latina. Como se sabe, a partir de los años sesenta, después del triunfo de la Revolución Cubana, el problema del desarrollo latinoamericano llegó a plantearse in extremis como una alternativa entre socialismo y capitalismo dependiente o, incluso, entre socialismo y fascismo². Muchos de estos debates surgieron desde la Sociología o se nutrieron de ella, y en todo caso influyeron notablemente sobre la evolución de la disciplina al impregnarla de fuerte contenido ideológico, al debilitar muchas veces las calidades del espacio académico que ella requería para su crecimiento, y al limitar su horizonte teórico y temático en un estadio de su desarrollo en el que más bien hubiera sido importante un pluralismo teórico más enraizado y actitudes más inclinadas hacia la academia que hacia la política.

Debo agregar, sin embargo, que esto está cambiando en una dirección diferente y a mi juicio favorable y necesaria, aunque con ritmos variados en los distintos países de América Latina.

Varios factores convergen para crear este nuevo contexto de donde está surgiendo otra imagen, otra percepción social, sobre la Sociología y sobre los sociólogos, imagen que no es sino el reflejo de una cambiante realidad que la misma disciplina empieza a patentizar y a proyectar. En primer lugar, la cancelación de la

Guerra Fría y del conflicto Este-Oeste, que tiene un punto de inflexión en el año 1989. En segundo lugar, en Centroamérica, el proceso de pacificación que viven varios de nuestros países, el cual va conduciendo poco a poco a la instauración de la democracia representativa como régimen político legitimado por los principales actores sociales y políticos. Esto hace que el crecimiento económico y los inmensos déficit sociales que arrastran las naciones del Istmo, se constituyan en las preocupaciones centrales del momento actual, pero sobre un supuesto político ampliamente compartido (bien por convencimiento genuino, bien por el reconocimiento de la inviabilidad momentánea de cualquier otra alternativa).

Estos dos factores apuntan hacia una disminución de las tensiones políticas e ideológicas en el espacio social en el que se mueve el sociólogo (incluido su espacio académico en las universidades) y en el que se había visto incitado a tomar partido, viéndose disminuida su propia imagen como especialista relativamente neutral.

Pero estos mismos factores apoyan una revaloración del sociólogo como profesional, cuyos conocimientos y destrezas van a tener que ser requeridos -y lo están siendo ya- por organismos internacionales, regionales y nacionales interesados en promover el crecimiento económico, la disminución de las desigualdades sociales y la consolidación de la democracia representativa. Todo lo cual va a incidir y -creo yo- está incidiendo en una significativa mutación de su imagen, desde aquella de subversivo por su "compromiso" con el cambio radical, hacia esta otra de profesional necesario. Profesional de presencia requerida, que interviene en las tareas que el Estado, al igual que otras organizaciones privadas (algunas de ellas del tipo "no gubernamental"), tienen que emprender en América Latina para lograr la reconversión del aparato productivo y la transformación de diversas instituciones, ojalá con menos inequidad y con los más aceptables o menos inaceptables costos sociales, en el marco de la nueva economía capitalista a escala

global que está emergiendo y de sociedades democráticas cuyo número ha venido en aumento en todo el Mundo¹⁰.

Y habría, por último, que mencionar un hecho nada insignificante para la imagen del sociólogo latinoamericano. Fernando Henrique Cardoso, sin la menor duda el más conspicuo de América Latina, Presidente de la International Sociological Association (ISA) en el periodo 1982-1986 y autor de la obra seminal que impulsó el paradigma de la Dependencia (aunque el propio Cardoso no le reconociera el estatuto de teoría a los postulados de su planteo), fue electo a finales de 1994 como Presidente del Brasil. Bien puede afirmarse que este es un hito importantísimo para la percepción social de la profesión y de la disciplina, al aportarle una imagen de respetabilidad de la que hasta el presente se carecía en medida importante.

Considero, por lo expuesto, que el acento estará colocado en los próximos años en la profesionalización creciente de los egresados de esta carrera universitaria, con salidas ocupacionales diferentes a las tradicionales y con condiciones de trabajo muy distintas a las anteriores, que suponen no pocas dificultades, pero igualmente nuevos retos y oportunidades. Las organizaciones no gubernamentales, otras entidades del sector privado y de la sociedad civil (cooperativas, consultoras privadas, organismos internacionales y de nivel regional, etc.), y en menor medida que antes algunas instituciones del Estado, serán los lugares de contratación.

El nuevo contexto que enmarca nuestro desarrollo disciplinario exige como corolario que la formación sociológica se oriente a fomentar desde el inicio una actitud más pluralista y tolerante frente a los paradigmas y los temas. Propicie un mucho más sólido conocimiento de las técnicas básicas de la investigación social y su familiaridad con ellas. Tome muy en cuenta una concepción de la disciplina plenamente conciente de sus posibilidades como una

ciencia social aplicable a los problemas más álgidos que plantea el desarrollo latinoamericano. Estimule un acercamiento al estudio preciso de instituciones sociales claves como son la educación y la familia, y a temas como el impacto de la reestructuración en curso de nuestra sociedad sobre la estratificación social -esta provincia sociológica tan desatendida en la historia de la disciplina en América Latina-; como las condiciones de vida y de supervivencia de los grupos más empobrecidos de la sociedad; como la cuestión de la delincuencia, la prostitución y otros fenómenos cada día más extendidos; como las instituciones políticas propias del régimen democrático representativo (los partidos políticos, la cultura política, las bases sociales del comportamiento electoral, la profundización de la vida democrática), así como los clásicos temas del desarrollo urbano y del desarrollo rural, por citar solamente algunas de las cuestiones más candentes que reclaman la atención especializada del sociólogo.

Si retomamos la senda del fortalecimiento de la Sociología desde una perspectiva académica sólida (que la refuerce en su condición de Ciencia Social) y con pleno convencimiento de sus posibilidades como profesión, creo que nos enfilaremos hacia la materialización de un perfil diferente que habrá de reforzar una nueva imagen social de la disciplina y de sus oficiantes.

Indicaba en la Introducción que el sociólogo profesor universitario se encuentra también influido, en su ser-percibido, por la imagen que en general tiene nuestra sociedad sobre quienes ejercemos la enseñanza superior. El asunto entonces estriba en apuntar al menos algunos elementos que estarían influyendo y determinando ese ser-percibido del docente universitario que ha venido calando en nuestra colectividad.

Recordemos, en primer lugar, la enorme expansión cuantitativa experimentada por la enseñanza superior de Costa Rica en el lapso del último cuarto de siglo, a partir de 1970. En este año

había una sola universidad, la Universidad de Costa Rica, y algo menos de 13, 000 estudiantes. Pero ya para 1980 el número de universidades había pasado a ser cinco (cuatro estatales y la Universidad Autónoma de Centroamérica, la UACA, la primera privada del país, fundada en 1975) y el número de estudiantes alcanzaba casi a 51, 000. Para 1989, a las cuatro públicas y a la única privada de una década atrás, se le sumaron cuatro más de este último tipo y varias otras facultades de ciencias empresariales que ofrecían programas de maestría en su campo, con algo más de 69, 000 estudiantes en total". A la altura de abril de 1995 -momento en que se escriben estas notas-, las universidades son en total veinticinco (cuatro públicas y veintiuna privadas autorizadas por el Consejo Nacional de la Enseñanza Superior Universitaria Privada, el CONESUP), con un número que, aunque sea un dato impreciso por no disponerse de alguno más exacto, se estima en alrededor de los 80, 000 estudiantes universitarios (de ellos aproximadamente un 75% en las públicas).

Esta impresionante expansión cuantitativa en un periodo tan corto se ha producido sin poderse disponer de la cantidad requerida de profesores universitarios preparados y entrenados para ser tales, de acuerdo a razonables estándares internacionales. En otras palabras, lo que ha prevalecido en el país es la improvisación en esta materia al calor de las circunstancias y sus requerimientos.

Si bien las universidades públicas han desarrollado valiosos programas de formación en el extranjero de una parte de sus profesores -los programas de becas al exterior- y han permitido que un cierto número de sus docentes mejoraran sus calificaciones sin salir de Costa Rica mediante los programas de estudios de posgrado que ellas mismas han venido auspiciando, este no es el caso en las privadas. La cuestionable calidad de un buen número de ellas y la ausencia de supervisión cuidadosa de su labor por parte del CONESUP, han venido arrojando resultados preocupantes y perspectivas nada halagueñas para el desarrollo de la educación superior

costarricense en su conjunto. En realidad, las privadas se han nutrido de algunos de los docentes de las públicas que buscan complementar sus ingresos impartiendo horas lectivas adicionales; quizás ahora también de un cierto número de pensionados universitarios jóvenes provenientes igualmente de las públicas y, sobre todo, de profesionales así sin más.

Lo que quiero destacar es que la expansión cuantitativa de la educación superior nacional, se ha llevado a cabo a partir de establecer y de aceptar, como condición suficiente para ser docente en ella, lo que normalmente sólo sería una condición necesaria pero menos que mínima para llegar a ser tal: la rasa condición de profesional con el nivel básico e inicial de licenciado, ingeniero o médico.

En sentido estricto, un gran número de quienes hoy enseñan en las universidades del país no podrían hacerlo en instituciones de enseñanza superior que posean los créditos más sencillos en los países con una aceptable tradición académica. Y ello ocurriría así porque no cuentan con los requisitos básicos para hacerlo: estudios de posgrado (maestrías o doctorados académicos) y entrenamiento en la investigación científica o en la producción propia de las Artes y las Letras.

Dada la extraordinaria demanda de profesorado, primero por las universidades públicas que tantísimo crecieron en los años setentas, y luego por las privadas, con tanto auge en los últimos diez años, la verdad es que los requisitos para acceder a tal ejercicio han devenido básicos y elementales. Lo que se pide todavía en la actualidad -esto vale principalmente para las privadas, pues en las públicas los requisitos se han venido elevando- es que el aspirante a docente sea un profesional graduado en su campo, que presuntamente conozca lo que va a enseñar, y que acceda a las condiciones establecidas en el contrato (casi siempre

de corta duración en las privadas, más prolongado y con mejores características en las públicas).

Puede afirmarse, en general, que nuestro profesor universitario es un transmisor de conocimientos referidos a una determinada materia dentro de su disciplina, aunque raramente un especialista en el campo en el que enseña.

Esta gran demanda de docentes con requisitos bajos constituye un primer factor que creo se halla en la raíz para explicar el origen del disminuido prestigio de que goza hoy esta ocupación -en menor número de casos, profesión-, que es la enseñanza universitaria.

Un segundo factor, derivativo del anterior, es el nivel de ingresos económicos que genera esta actividad. Indudablemente discreto, incluso cuando se trata de profesores de tiempo completo en las universidades públicas, no estimula la carrera universitaria y la hace prácticamente impensable en el caso de las privadas.

Todo ello ha venido acarreando una valoración poco apreciada de quienes trabajamos como docentes universitarios, aunque me parece, desde mi limitada experiencia personal, que en el caso de la Universidad de Costa Rica esta afirmación puede matizarse un poco.

Para no excederme en los alcances de este trabajo, no voy a abordar aquí ese otro punto, también de mucho interés, que es la escasa valoración que se tiene, en las distintas universidades del país, del profesor universitario sin cargo administrativo-docente, escasa valoración que es bien conocida por nosotros en el seno de nuestra universidad. Se trata de una consecuencia de factores ya comentados, a los que cabría agregar otros propios de la evolución institucional de la Universidad, particularmente su notoria burocratización y una de sus facetas: el profesor disminuido,

limitado y desestimulado por la compleja y asfixiante maraña administrativa de la Institución. Y es que la estructura administrativa prevaleciente y el ethos burocrático que ella genera, que podría transformarse y mejorar mucho su eficiencia dados los recursos humanos y materiales con que cuenta, no opera para facilitar, con todo empeño, presteza y amabilidad, la labor de los estudiantes y de los docentes, sin duda alguna la razón de ser de la vida universitaria¹².



EL FUTURO DE NUESTRO QUEHACER

Hace ya muchísimos años, en 1919, Max Weber incursionó en la Sociología de la Ciencia cuando ofreció aquella conferencia, hoy clásica, invitado por la Asociación Libre de Estudiantes de Munich, en la que comparaba los sistemas de docencia universitaria de Alemania y de los Estados Unidos al iniciarse la presente centuria¹³. Algunas de sus ideas mantienen plena vigencia, en especial aquel señalamiento suyo tan pertinente para nuestros días:

"La democracia está bien dentro de su propio ámbito, pero la educación científica que, por tradición, hemos de procurar en las universidades alemanas, es una cuestión de aristocracia espiritual y sobre esto no cabe engañarse"¹⁴.

Aristocracia espiritual, que no social, en la que confluyan talento intelectual y una sensibilidad extraordinaria ante el gozo del conocimiento, la labor sistemática para alcanzarlo y el empeño por transmitirlo, constituyen aún en nuestra época rasgos esenciales que debe poseer el alma del docente universitario.

Pero hay además ciertos valores y actitudes que se encuentran en la base constitutiva de ese grupo social que se dedica, nacional e internacionalmente, a la producción del conocimiento, a su enseñanza y difusión, y que ha ido formando una comunidad, hoy cada día más planetarizada.

Me refiero a los que considero valores y actitudes fundamentales en nuestra profesión: la búsqueda sistemática de la verdad; la objetividad (a través de los diversos procedimientos generales y técnicas particulares que esta comunidad ha ido definiendo, practicando y aceptando, en tanto que colectividad humana históricamente determinada); la proclividad al debate de ideas y resultados de su trabajo científico, filosófico o artístico; la tolerancia frente a todo discrepar en relación con los paradigmas y las tendencias dominantes en los distintos campos

particulares; la especialización, como orientación ineludible del desarrollo científico; la sensibilidad frente al significado social de la docencia, la producción científica y sus resultados, así como la preocupación en torno a las implicaciones éticas de los frutos de este quehacer.

Se trata de valores y actitudes que explícitamente han de tenerse presentes, asimilarse y diseminarse, si es que queremos basar nuestro desarrollo académico y universitario en creencias y comportamientos sólidos.

Pero cuando cotejamos, aunque sea superficialmente, el panorama que hoy nos ofrece la educación superior nacional, con lo que llevamos dicho hasta aquí, tenemos que convenir que hay mucho de desilusionante y de desesperanzador.

A las universidades privadas del país las orienta un valor externo -aunque no pueda dejársele de tomar en consideración en ningún caso-, que es, sin embargo, el valor central de la actividad económica: la búsqueda de la rentabilidad de la inversión, la prosecución de la ganancia, el resultado neto de una operación de costo-beneficio en un sentido estrecho. De lo que se trata es simplemente de transmitir el conocimiento, sin mayores pretensiones, a fin de producir ganancia o ingreso adicional. Valga afirmarlo con claridad: la enseñanza superior simplemente como la venta de un servicio más.

No contamos por ahora en Costa Rica con ese otro tipo de universidades privadas de alto nivel, como son numerosas de las norteamericanas de este tipo o varias de las que se profesan católicas en algunos de los países latinoamericanos. Estas se encuentran a menudo orientadas por otros valores que moderan significativamente o compensan a aquellos del lucro, o incluso que llegan a ser superiores a éste en jerarquía, a diferencia de los aquí preeminentes, que patentizan la más simple lógica del mercado.

No es de extrañar entonces que los valores y las actitudes que debieran encontrarse enraizados y en expansión dentro de las instituciones costarricenses, no sea fácil encontrarlos, los veamos muy débilmente implantados o carezcan de importancia, frente a la dinámica que campea y que impone a los participantes (autoridades universitarias, docentes y estudiantes) muy diferentes impulsos: la prosecución a ultranza de la máxima rentabilidad, la lucha por un ingreso complementario o la pronta salida a un mercado profesional en vísperas de saturarse.

Corresponde a las universidades públicas en Costa Rica ser las promotoras de los valores y de las actividades más típicas de la universidad excelente de nuestro tiempo, pero ésto se consigue de una manera débil y desigual en el conjunto del sistema institucional dentro del cual se hallan insertas.

Creo yo que ha sido el desenvolvimiento de la Universidad de Costa Rica a lo largo de su más de medio siglo de existencia, el que ha marcado la pauta decisiva en la evolución académica de este conjunto institucional que son las universidades públicas. Y aunque dicha función ejemplarizante e inspiradora ha venido decayendo, lo cierto es que ha sido fundamental en varios sentidos.

Quisiera recordar en esta ocasión tres hitos que han marcado profundamente la evolución académica de la Universidad y su influencia sobre otras universidades estatales. El primero de ellos es el establecimiento por Rodrigo Facio, apenas inició su periodo al frente de la Rectoría (1952-1961), de la condición de profesor de tiempo completo consagrado enteramente a las tareas universitarias¹⁵. El segundo es el Programa de Becas al Exterior, piedra angular de nuestro desarrollo cualitativo. Con aproximadamente cuarenta años de funcionamiento, quizás ha sido el programa que con más visión se ha puesto en práctica en nuestra institución. Y el tercero, tras el III Congreso Universitario, cuando se crearon la Vicerrectoría de Investigación y el Sistema de Estudios de

Posgrado, que hicieron posible que la investigación y los programas de posgrado adquirieran carta de ciudadanía, y que los profesores empezaran a realizar actividades en estos ámbitos académicos con mayor respaldo y reconocimiento institucional.

Desde entonces -tengo para mí- nada trascendental ha ocurrido en nuestra universidad. Se la ha administrado, sea que bien, mal o simplemente regular -probablemente ésto último sea lo cierto-, pero se ha carecido de perspectiva y de imaginación, así como de voluntad, para establecer nuevos retos y procurar conseguirlos.

Más bien hemos tenido que observar cómo parte de los resultados alcanzados a lo largo de varias décadas mediante el Programa de Becas al Exterior, con tantos y tantos docentes de excelente calidad formados en centros académicos de muy buen nivel, se han visto en parte frustrados por la cantidad de pensionados a destiempo. Y hay que decirlo con franqueza: sin que la propia universidad hiciera algo serio como institución (por lo menos hasta la aprobación del nuevo Régimen Salarial Docente, que entró a regir a partir de 1991, cuando ya la jubilación era masiva), para retener su enorme potencial, preparado con tanto esfuerzo proveniente de recursos públicos. La miopía y la capacidad rezagada de reacción, han sido en ésto las anticualidades prevalecientes en nuestras autoridades.

El espectáculo que tenemos ante nuestros ojos es contundente: una universidad que declina, que vive más de su prestigio bien constituido pero originado en el pasado, que de su empuje y de su capacidad para plantearse los retos que debe imponerse con la perspectiva del Siglo XXI.

¿Y en dónde se encuentran las raíces de este declinio? No es sencillo contestar esta pregunta, aunque sí me parece importante aportar algunas ideas.

Permitaseme señalar que lo primero de lo que hay que tomar conciencia, es que la Universidad de Costa Rica ha venido renunciando a lo que considero que es su promesa histórica al pueblo costarricense en el actual momento de la vida nacional. La promesa histórica de la Universidad de Costa Rica se encuentra en nuestros días por el lado de la calidad, que no por el de la cantidad. Calidad en los estudios de grado, a lo que nunca debemos renunciar, y ampliación de las actividades más complejas y significativas de lo que es una auténtica universidad del último lustro del Siglo XX: las relacionadas con la producción de conocimientos más que con la simple transmisión de los mismos. Me refiero, claro está, a la investigación institucionalizada y a los estudios de posgrado. Sobre ambos conjuntos de actividades y su desarrollo en la Institución ha habido muchísima retórica, pero escaso compromiso efectivo para aportarle los recursos que se necesitan, mediante las transformaciones internas globales que hay que emprender, a fin de fortalecerlas efectivamente¹⁶.

Y abrigo la convicción de que aunque las exigencias requeridas por el desarrollo cualitativo de la Universidad de Costa Rica son muchas y en diferentes campos, en el corazón de todo cambio de rumbo y de toda iniciativa transformadora que nos conduzca hacia una institución plétórica de futuro porque volcada a elevar su nivel cualitativo, se encuentra, hoy por hoy, el profesor.

Los estímulos al conjunto de los docentes (estímulos salariales, la importantísima mejora en las condiciones de trabajo, tan desatendidas, y en la valoración colectiva de su quehacer), así como las consideraciones y los reconocimientos especiales a aquellos miembros de nuestra comunidad académica probadamente excelentes y más dedicados a ella, son factores definitivos en el próximo derrrotero a transitar por esta casa de estudios superiores, si es que queremos preservarla como la universidad líder en Costa Rica y en América Central.

Es indispensable otorgarle una altísima prioridad al Programa de Becas al Exterior, en estrecha colaboración con gobiernos extranjeros y organismos de cooperación internacional, si es que queremos recuperar el caudal de docentes de elevada formación y calidad perdidos en el transcurso de los últimos años. Y asimismo, si es que queremos adelantarnos a cualquier otra oleada de pensionados que podría estar por venir, de concretarse los nuevos cambios que se pretende hacerle a la legislación relativa a las pensiones del Magisterio Nacional.

Es fundamental estimular a fondo el desarrollo de la investigación y los posgrados, entregándoles los recursos que verdaderamente están necesitando, muchísimo más allá de la retórica que campea, pero carente del apropiado sustento presupuestario.

Es indispensable -es urgente- volver los ojos a las pobres condiciones de trabajo de los docentes: oficinas deterioradas y con hacinamiento; carencia de equipo de cómputo- lo que tanto contrasta con los recursos que de esta índole tienen los administrativos, como si se presumiera que los profesores deben de adquirirlos por sí, como parte de su contrato de trabajo-, y muchas otras carencias que hacen patente un ambiente físico y de recursos materiales desestimulante.

Hay que prestarle un gran apoyo a las actividades de renovación del personal docente: desde los cursos cortos y los programas de entrenamiento dentro de la misma Universidad (actualización en metodología de la investigación científica, en software estadístico, etc.), hasta cursos breves altamente especializados en el extranjero, y los periodos de licencia sabática, esta institución vertebral para la oxigenación académica de los docentes y que cuenta con tan exiguo respaldo presupuestario en la actualidad.

Y hay que promover el reconocimiento institucional hacia los mejores académicos activos, de manera de enaltecer la calidad y la excelencia de su vida y dedicación universitarias.

Estas son algunas ideas, simplemente algunas -lo recalco- de lo que puede ser un amplísimo menú -como se suele decir ahora- de estímulos no salariales para los profesores de nuestra Universidad.

Para retomar la senda de nuestro desarrollo institucional de una manera sólida y prometedora, estoy convencido que en el centro, en el corazón, de todo cambio de rumbo, tenemos que volver a poner al profesor universitario.

Hace cosa de un lustro, ese gran maestro de Filosofía que ha sido Julián Marías, planteaba angustiosamente lo siguiente:

"Preguntaba si tiene porvenir la universidad. Tiene que tenerlo si queremos tenerlo nosotros. La cuestión es si vamos a querer"¹⁷.

Es verdad, la cuestión radica en si queremos efectivamente devolverle a la Universidad de Costa Rica el lugar que se merece, que es el que espera para ella la próxima generación de costarricenses.

NOTAS FINALES

1. Véase, entre otras, las siguientes obras: Rolando Franco, "Veinticinco años de Sociología latinoamericana. Un balance", en Daniel Camacho (compilador), **Debates sobre la teoría de la Dependencia** (San José: EDUCA, 1979), Pp. 232-284; Aldo Solari, Rolando Franco y Joel Jutkowitz, **Teoría, acción social y desarrollo en América Latina** (México: Siglo XXI Editores S.A., 1976); Edelberto Torres Rivas, "Ideas preliminares para establecer un "State of the Art" de las Ciencias Sociales en Centro América, y propuestas alternativas", en Mark Rozemberg (Ed.), **Central American Studies: Toward a New Research Agenda** (Miami, FLA.: Occasional Papers Series "Dialogues", No. 110, de la Florida International University, 1988), Pp. 55-95; Jorge Rovira Mas y Jorge Mora Alfaro, "Sociedad y Sociología en América Central: Hacia un programa de investigación sobre cultura política, Estado y políticas públicas", **Anuario de Estudios Centroamericanos**, 16 (1), 1990, Pp. 111-132; y Jorge Rovira Mas, "Las Ciencias Sociales en la Universidad de Costa Rica: Tres instantáneas (1961, 1975 y 1990)", **Revista de Ciencias Sociales**, Nos. 49-50, 1990, Pp. 83-91.
2. Hay que recordar aquí la enorme importancia que tuvo el pensamiento del filósofo español José Ortega y Gasset como inspirador de la reforma de 1957. Una obra suya decisiva para la concepción de la Reforma, fue **Misión de la universidad** (Madrid: Editorial Revista de Occidente S.A., 1930).
3. No ignoramos el hecho que desde la década de los años cuarenta, concretamente desde 1943, en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (inicialmente denominada "Escuela"), existía una Sección de Sociología y Servicio Social. Los estudiantes de la carrera de Trabajo Social (al principio "Servicio Social"), que en dicha facultad tenían que llevar sus materias, asistían a cursos como Sociología General, Sociología Rural y Urbana, Bienestar de la Familia, y Organización Económica y Social de Costa Rica. También en la Facultad de Educación existía un curso de Sociología de la Educación. Véase de Carlos María Campos, **Las Ciencias Sociales en Costa Rica** (Rio de Janeiro: Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1959), Pp. 13-14 y 26-30.
4. Recordados docentes que cumplieron una labor pionera y decisiva en este periodo de finales de los años cincuentas y durante los sesentas, fueron el Presbítero Benjamín Núñez Vargas, primer costarricense que obtuvo en el extranjero un

grado académico en Sociología (en la Catholic University de Washington); el Dr. Eugenio Fonseca Tortós, el Dr. Marco Tulio Salazar, el Lic. Eugenio Rodríguez Vega, y el profesor italiano Gustavo Santoro, quien vino, junto con otros profesores europeos contratados para otras disciplinas, a fortalecer al equipo académico con el cual se inició la Reforma. Hay que apuntar igualmente que el alemán Peter Heintz estuvo en la Universidad de Costa Rica a mediados de los cincuentas, organizando los cursos de Sociología que se impartirían en el Departamento de Estudios Generales y preparando los materiales correspondientes. Dos trabajos suyos merecen mención aquí: **La enseñanza de la Sociología en los Estudios Generales** (San José: Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1956) y su **Curso de Sociología** (San José: Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica, 1956).

5. Para un examen de la decisiva contribución del Dr. Prebisch a las teorías del desarrollo, puede consultarse la selección de sus trabajos en dos volúmenes efectuada por Adolfo Gurrieri y titulada **La obra de Prebisch en la CEPAL** (México: Fondo de Cultura Económica, 1982).
6. Trabajos clásicos, que expresaban hasta cierto punto esta perspectiva de complementariedad de la Sociología con respecto a la Economía del Desarrollo, fueron los del español José Medina Echavarría, afincado primero en México y luego en Santiago de Chile. Medina fue maestro de Eugenio Fonseca Tortós en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Chile, en los años 1958-1959. Y fue quien preparó, precisamente para la CEPAL, **El desarrollo social de América Latina en la Posguerra** (Buenos Aires: Solar/Hachette, 1963). El y Prebisch mantenían una buena amistad y se tenían una recíproca admiración.
7. La obra seminal que fundamentó teóricamente los análisis de la realidad latinoamericana bajo la perspectiva de la Dependencia, fue la de Fernando H. Cardoso y Enzo Faletto, **Dependencia y desarrollo en América Latina** (México: Siglo XXI Editores S.A., 1969). En Centroamérica, la interpretación del desarrollo regional a la luz de este enfoque, que se convirtió en un trabajo de ineludible conocimiento para todo sociólogo, fue el de Edelberto Torres Rivas, **Interpretación del desarrollo social centroamericano** (San José: EDUCA, 1971, pero la primera edición se hizo en Chile, en 1969). En Costa Rica, José Luis Vega Carballo hizo un temprano y sugerente intento de interpretación de la historia nacional desde esta perspectiva en su ensayo "Etapas y procesos de la evolución sociopolítica de Costa Rica", **Estudios Sociales Centroamericanos**, No. 1, enero-abril de 1972, Pp. 45-72.



8. Véanse los trabajos ya citados de Rolando Franco y de Aldo Solari et al.
9. Deben recordarse aquí especialmente las obras siguientes: Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución* (México: Siglo XXI Editores S.A., 1969); Vania Bambirra, *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México: Editorial Siglo XXI S.A., 1974) y el importante volumen de Theotonio Dos Santos, *Imperialismo y Dependencia* (México: Ediciones Era S.A., 1978).
10. En un trabajo reciente titulado "Un enfoque neoestructuralista de la reforma económica, la crisis social y la viabilidad democrática en América Latina", el destacado economista chileno especializado en el tema del desarrollo, el Dr. Osvaldo Sunkel, decía lo siguiente: "De acuerdo con esta hipótesis, el Mundo estaría pasando por una fase histórica en que por múltiples y poderosos motivos, internos e internacionales, se acentúa notablemente el predominio de la teoría y la praxis de la democracia liberal en lo político y del sistema de mercado en lo económico". En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (Compiladores), *Partidos y clase política en América Latina en los 90* (San José: IIDH-CAPEL, 1995), Pp. 555-556.
11. Véase nuestro artículo "Las universidades en los años ochenta", en Juan Manuel Villasuso Estomba, *El nuevo rostro de Costa Rica* (San José: CEDAL-Fundación F. Ebert, 1992), P. 129.
12. En 1990, en la ponencia que presenté con motivo del Cincuentenario de la Universidad de Costa Rica al V Congreso de nuestra institución, señalaba lo siguiente: "Nada más insidioso y desestimulante para el futuro académico de la Universidad de Costa Rica que ese "ethos" burocrático que se ha ido apoderando de ella. Se trata de una inversión de valores, de la que debemos adquirir plena conciencia para identificar su manera de operar, sus alcances y sus consecuencias. Este proceso ya lleva un buen número de años y presumo que no será sencillo erradicarlo, porque se asemeja a la medusa que reproduce incesantemente una miríada de tentáculos. Sin embargo, este problema tiene que enfrentarse y hay que tomar las medidas que lo puedan hacer retroceder, so pena de que esta universidad extravíe su alma en los laberintos interminables del formalismo y de la burocratización, y se institucionalice irreversiblemente la ausencia del espíritu universitario". "Reflexiones sobre el futuro de la Universidad de Costa Rica", en Centro de Investigaciones Históricas, *Historia de la Educación Superior en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991), P. 237.

13. Se trata de su trabajo "La ciencia como vocación", que junto con "La política como vocación", constituyen dos obras maestras del análisis sociológico clásico. Han sido publicadas en español bajo el título **El político y el científico** (Madrid: Alianza Editorial S.A., 1967), con una larga introducción de Raymond Aron.
14. Weber, Max, Op. cit., P. 189.
15. Hasta entonces lo generalizado era el profesor que se contrataba para dar cursos que le eran retribuidos de acuerdo exclusivamente al número de horas frente al alumno. Pero cuando, allá por el año 1954, se le ofreció a un cierto número de docentes un salario de alrededor de USA\$400 mensuales (antes de que llegaran al país los profesores europeos que vinieron a impulsar la Reforma de 1957), no faltaron quejas y críticas provenientes de distintas personas a través de los periódicos. No podían ocultar lo escandaloso que les parecían salarios tan elevados entonces para la condición de docente universitario y recusaban la necesidad de contar con profesores de tiempo completo en la Institución.
16. Véase nuestro artículo ya antes citado, "Reflexiones sobre el futuro de la Universidad de Costa Rica", en **Historia de la Educación Superior en Costa Rica**, Pp. 215-254.
17. Julián Marías, "¿Tiene porvenir la universidad?", citado por Alfonso López M. en "La universidad en crisis", **La República** del 10 de marzo de 1990, P. 15A.

BIBLIOGRAFIA

- BAMBIRRA, Vania** El capitalismo dependiente latinoamericano (México: Editorial Siglo XXI S.A., 1974).
- CAMPOS, Carlos Ma.** Las Ciencias Sociales en Costa Rica (Rio de Janeiro: Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, 1959).
- CARDOSO, F. H. y FALETTO, Enzo** Dependencia y desarrollo en América Latina (México: Siglo XXI Editores S.A., 1969).
- CEPAL** El desarrollo social de América Latina en la Posguerra (Buenos Aires: Solar/Hachette, 1963).
- DOS SANTOS, Theotonio** Imperialismo y Dependencia (México: Ediciones Era S.A., 1978).
- FRANCO, Rolando** "Veinticinco años de Sociología latinoamericana. Un balance", en Daniel Camacho (compilador), Debates sobre la teoría de la Dependencia (San José: EDUCA, 1979), Pp. 232-284.
- GURRIERI, Adolfo** La obra de Prabirish en la CEPAL. Vols. I y II (México: Fondo de Cultura Económica, 1982).
- HEINTZ, Peter** La enseñanza de la Sociología en los Estudios Generales (San José: Departamento de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica, 1956).
- HEINTZ, Peter** Curso de Sociología (San José: Facultad de Ciencias y Letras de la Universidad de Costa Rica, 1956).
- MARINI, Ruy Mauro** Subdesarrollo y revolución (Mexico: Siglo XXI Editores S.A., 1969).
- ORTEGA y GASSET, José** Misión de la universidad (Madrid: Editorial Revista de Occidente S.A., 1930).
- RODRIGUEZ, Carlos R.** "Problemas y perspectivas de la Sociología Costarricense Contemporánea", Anuario de Estudios Centroamericanos, 18 (1), 1992, Pp. 51-59.
- ROVIRA MAS, Jorge** "Las Ciencias Sociales en la Universidad de Costa Rica: Tres instantáneas (1961, 1975 y 1990)", Revista de Ciencias Sociales, Nos. 49-50, 1990, Pp. 83-91.

- ROVIRA MAS, Jorge y
MORA A., Jorge "Sociedad y Sociología en América Central: Hacia un programa de investigación sobre cultura política, Estado y políticas públicas", *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 16 (1), 1990, Pp. 111-132.
- ROVIRA MAS, Jorge "Reflexiones sobre el futuro de la Universidad de Costa Rica", en *Centro de Investigaciones Históricas, Historia de la Educación Superior en Costa Rica* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991).
- ROVIRA MAS, Jorge "Las universidades en los años ochenta", en Juan Manuel Villasuso Estomba, *El nuevo rostro de Costa Rica* (San José: CEDAL-Fundación F. Ebert, 1992), Pp. 123-139.
- SOLARI, Aldo,
FRANCO, Rolando y
JUTKOWITZ, Joel *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI Editores S.A., 1976).
- SUNKEL, Osvaldo "Un enfoque neoestructuralista de la reforma económica, la crisis social y la viabilidad democrática de América Latina". En: Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (Compiladores), *Partidos y clase política en América Latina en los 90* (San José: IIDH-CAPEL, 1995), Pp. 555-556.
- TORRES R., Edelberto *Interpretación del desarrollo social centroamericano* (San José: EDUCA, 1971).
- TORRES R., Edelberto "Ideas preliminares para establecer un "State of the Art" de las Ciencias Sociales en Centro América, y propuestas alternativas", en Mark Rozemberg (Ed.), *Central American Studies: Toward a New Research Agenda* (Miami, FLA.: Occasional Papers Series "Dialogues", No. 110, de la Florida International University, 1988), Pp. 55-95.
- VEGA C., José L. "Etapas y procesos de la evolución sociopolítica de Costa Rica", *Estudios Sociales Centroamericanos*, No. 1, enero-abril de 1972, Pp. 45-72.
- WEBER, Max *El político y el científico* (Madrid: Alianza Editorial S.A., 1967).